

LOS DOCES GRADOS DE LA SOBERBIA

San Bernardo de Claraval (1090 – 1153) fue un monje cisterciense francés y abad de la abadía de Claraval. Con él, la Orden del Císter se expandió por toda Europa.

En orden cronológico, o sea en cuanto al tiempo, San Bernardo es el último de los llamados Padres de la Iglesia. Pero en importancia es uno de los que más han influido en el pensamiento católico en todo el mundo.

Hoy nos detenemos ante un texto que pertenece a su *Tratado de los diversos grados de la humildad y el orgullo*. Concretamente nos centraremos en los doce grados del orgullo o la soberbia. Son los siguientes:

1 – La curiosidad.

Padecen la curiosidad esas personas que olvidan que los ojos y las orejas son las ventanas por donde entra la muerte del alma.

2 – La ligereza de espíritu.

La ligereza de espíritu aparece cuando *«la excelencia de que alardea entrega al orgulloso a una alegría pueril»*. En este grado se pueden destacar la envidia y el desprecio.

3 – La vana alegría.

La alegría inepta que quiere ser admirada nos muestra que todos tenemos algo dentro que rehusamos reconocer.

4 – La jactancia.

Es propia de gente presumida y arrogante. La jactancia: *«si no hablara, reventaría... Se anticipa a las preguntas, contesta sin ser preguntado, él mismo se hace las preguntas y respuestas»*. ¡Qué fácil es conocer alguien así!

5 – La singularidad.

La persona que busca singularidad se muestra así: *«Durante las comidas pasea la mirada por las mesas y si ve a otro monje comer menos que él, se lamenta de ser aventajado: entonces va escatimándose lo que antes creía serle indispensable, pues teme más la pérdida de su gloria que los tormentos del hambre. Vela en las horas de dormir y duerme en el coro»*. Lo importante es ser diferente, singular.

6 – La arrogancia.

La arrogancia: *«no es que en lo que dice y hace crea ostentar su religiosidad, sino que sinceramente se tiene por el más santo de los hombres»*. Es de admirar aquí la notable observación de san Bernardo: es una arrogancia sincera, el orgulloso está convencido de que lo que se atribuye es verdadero. Se caracteriza por tres cosas, soberbia, la altanería y el orgullo.

7 – La presunción.

En este grado ya la persona se siente tan superior a los demás, que si no le dan lo que exigen se siente inferior y ese no es su estilo. Dice San Bernardo: *«Si el monje que llega al séptimo grado del orgullo no es elegido prior al venir la ocasión, dice que su abad tiene celos de él o que se ha engañado»*. Podemos cambiar la palabra prior por director, secretario general, ministro, arcipreste o el cargo que quieran.

8 – La defensa de los pecados.

En el octavo grado el hombre defiende sus falacias. Grado peligrosísimo, del que es muy difícil volver. Escribe san Bernardo: *«Hasta este punto el orgulloso no ha hecho más que practicar el orgullo, pero al llegar aquí lo convierte en teoría. El mal parece bien»*. Una cosa es pecar, otra, mil veces peor, es elaborar una teoría para demostrar que esa acción en realidad no es ningún pecado, sino algo bueno y meritorio. Hacer pasar el bien por mal y viceversa: lo que vemos a diario.

9 – La confesión simulada.

Se trata de defenderse de todo lo que lo acusan y queda como si no hubiese pasado nada. Entendemos que alguien hace una confesión simulada cuando presenta sus faltas como algo bueno y luego intenta incluso exagerarlas. *«Lejos de excusarse, exagera su falta»*. Es el colmo, pero algo bien frecuente si se piensa.

10 – La rebelión;

Esto sucede para llamar la atención. En la rebelión: *«el que antes se acusaba sin verdad y sin humildad, ahora arroja la máscara y desobedece abiertamente»*.

11 – La libertad.

En el pecar se llega a un extremo tal que para ello todo le da igual. Es la *«libertad»* del pecado: *«se ha roto toda traba»* y uno se cree libre haciendo lo primero que le viene en gana.

12 – La costumbre de pecar.

En este último grado el hombre se complace en decir que su comportamiento se debe a una costumbre y la costumbre hace ley. Ante la costumbre de obrar mal se llega a decir: *«llega la costumbre y entonces todo ha concluido»*.

Concluamos con un consejo de San Bernardo muy conocido: *“Si te golpean las olas de la soberbia, de la maledicencia, de la envidia, mira a la estrella, invoca a María!”*.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacrisana.com

Salamanca, 8 de noviembre de 2021